

BODEGONES Y FLOREROS EN LA PINTURA MEXICANA SIGLOS XVIII Y XIX

POR

MANUEL ROMERO DE TERREROS

I

DURANTE el apogeo de la pintura española, en el siglo xvii, se produjo buen número de las llamadas "mesas puestas", no sólo en los cuadros de la *Ultima Cena del Señor*, sino también en los de otros asuntos, sagrados o profanos, que exigían, como complemento, la representación de una mesa con manjares y aditamento de escudillas, platos y demás vasijas, sin olvidar los jarros o botellas de vino con sus correspondientes copas.

Puede decirse, en términos generales, que estos cuadros fueron coetáneos de la aparición del naturalismo en el arte español y las primeras manifestaciones de los "bodegones" que tan importante lugar llegaron a ocupar en la pintura española, en aquel siglo y los posteriores; y decimos "bodegones" y no "naturaleza muerta", porque éste es vocablo extranjero y aquél el propiamente castellano.

Los más insignes pintores no desdeñaron ejecutar obras de esta naturaleza, como Murillo en *El Hijo Pródigo*, Zurbarán en *El Milagro de San Hugo*, y Velázquez en su *Cocina*, y *Vieja friendo huevos*. Francisco Pache-

co, suegro de Velázquez, en su *Arte de la Pintura*, se hace esta pregunta: “¿Pues qué? los bodegones ¿no se deben estimar?”; y él mismo se contesta: “Claro está que sí; si están pintados como mi yerno los pintó”.

Ceán Bermúdez, en su *Diálogo sobre el Arte de la Pintura*, hace decir a Murillo: “Empecé a pintar y a dibujar con pinceles y colores una cazuela a vista del original; no salió buena de la primera: repetí la misma cazuela; salió mejor; y a la tercera, ya parecía cazuela. Estreillé en la verdadera un par de huevos, y los pinté en la copia: me abrieron las ganas de comer y de proseguir con mi intento. Pinté un jarro, por señas que estaba roto: después un caldero y otras baratijas de cocina: me contentaron, porque daban alguna razón de lo que figuraban. Más adelante pinté naranjas, otras frutas y un plato de aceitunas aliñadas, siempre con el original por delante; y no desagradaron a los que las vieron. Con aprobación de mi maestro me determiné a copiar aves muertas, conejos, liebres y otros animales de caza; con lo que los inteligentes formaron esperanzas favorables de que, siguiendo con igual tino, llegaría a ser un buen pintor de bodegones”.

En la pintura colonial mexicana, trasunto como era de la española, sin llegar por supuesto a igualarla en ningún caso, también se cultivó el género “bodegón”, pero en mucho menor escala, tanto, que pocos son los ejemplares que quedan aquí de aquella época. Sin embargo, en las galerías de la antigua Academia de San Carlos se exhibe una “mesa puesta”, agradabilísima a la vista y de encantadora ingenuidad, que representa a la *Sagrada Familia*, de figuras de tamaño natural, sentada a la mesa y servida por los ángeles.

También se conservan allí dos bodegones coloniales, pintados al óleo sobre lienzo. En uno aparecen, entre diversos trastos, numerosos comestibles como carnes, caza, verduras, legumbres, y una “granadita de la China”, amén de una pequeña tórtola viva; es de autor anónimo y data del siglo XVIII.

Muy superior es el otro bodegón, que durante mucho tiempo fué atribuído al pintor Patricio Morlete Ruiz, hasta que se halló, al dorso del cuadro, la firma del verdadero autor: “Ant. Pérez de Aguilar facie^t. Año de 1769 en México.”¹ Representa una alacena cubierta con cristal en marco de madera, y con las llaves puestas en la cerradura; llena sus tres tablas

1 De Antonio Pérez de Aguilar solamente se conoce otro cuadro: un retrato de don Juan de Palafox y Mendoza, que se conserva en la antesacristía de la Parroquia de Real del Monte.



Fig. 1. *La Sagrada Familia servida por los Angeles*. José de Alcibar (?). Galerías de la antigua Academia de San Carlos



Fig. 2. *Virgen con el Niño y Angeles*. Anónima, Principios del siglo XIX.
Colección Manuel Romero de Terreros



Fig. 3. *Bodegón*. Anónimo. Siglo XVIII. Galerías de la antigua Academia de San Carlos



Fig. 4. *Alacena*. Antonio Pérez de Aguilar. 1769. Galerías de la antigua Academia de San Carlos

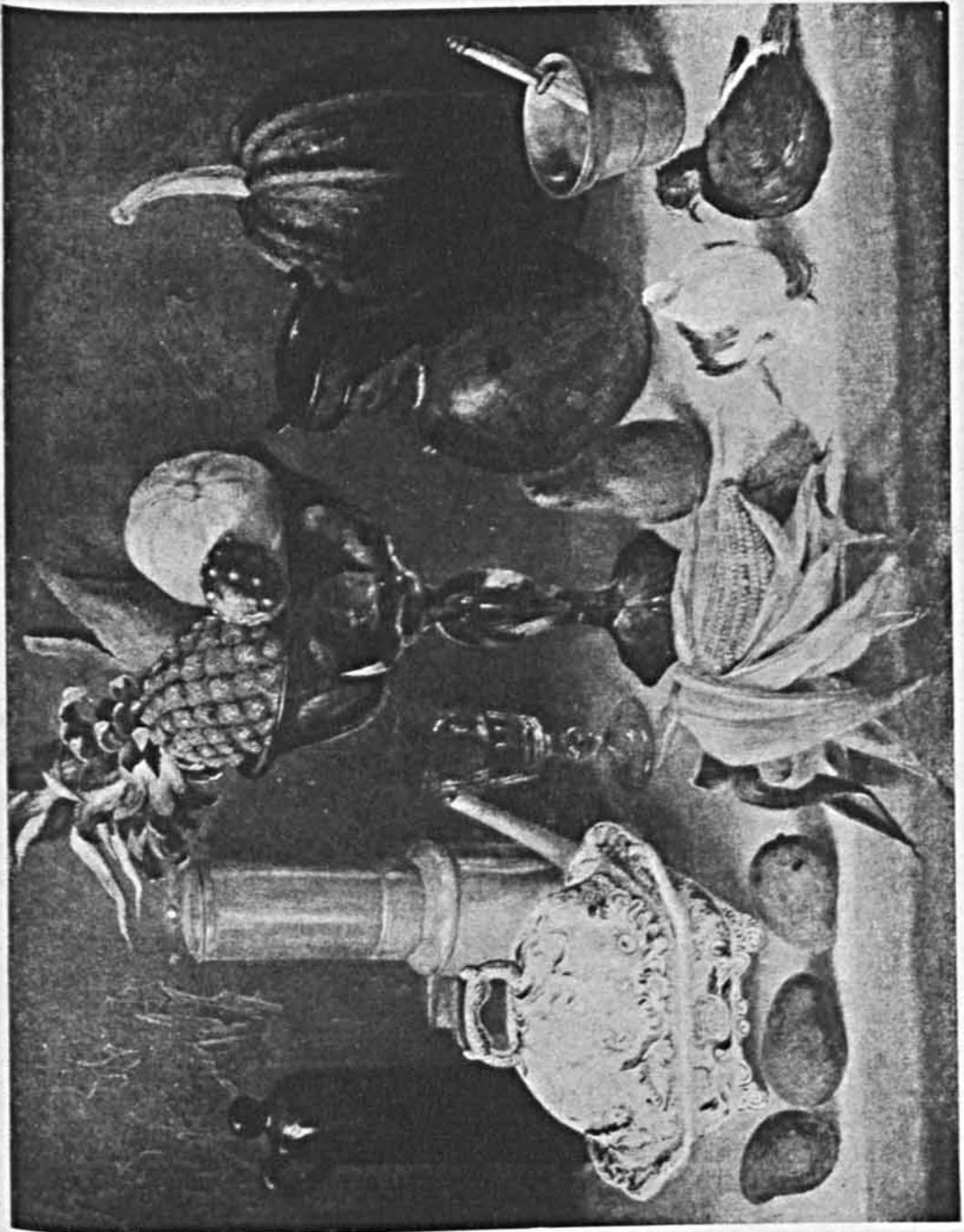


Fig. 5. *Bodegón*. Agustín Arrieta. Siglo XIX. Colección particular

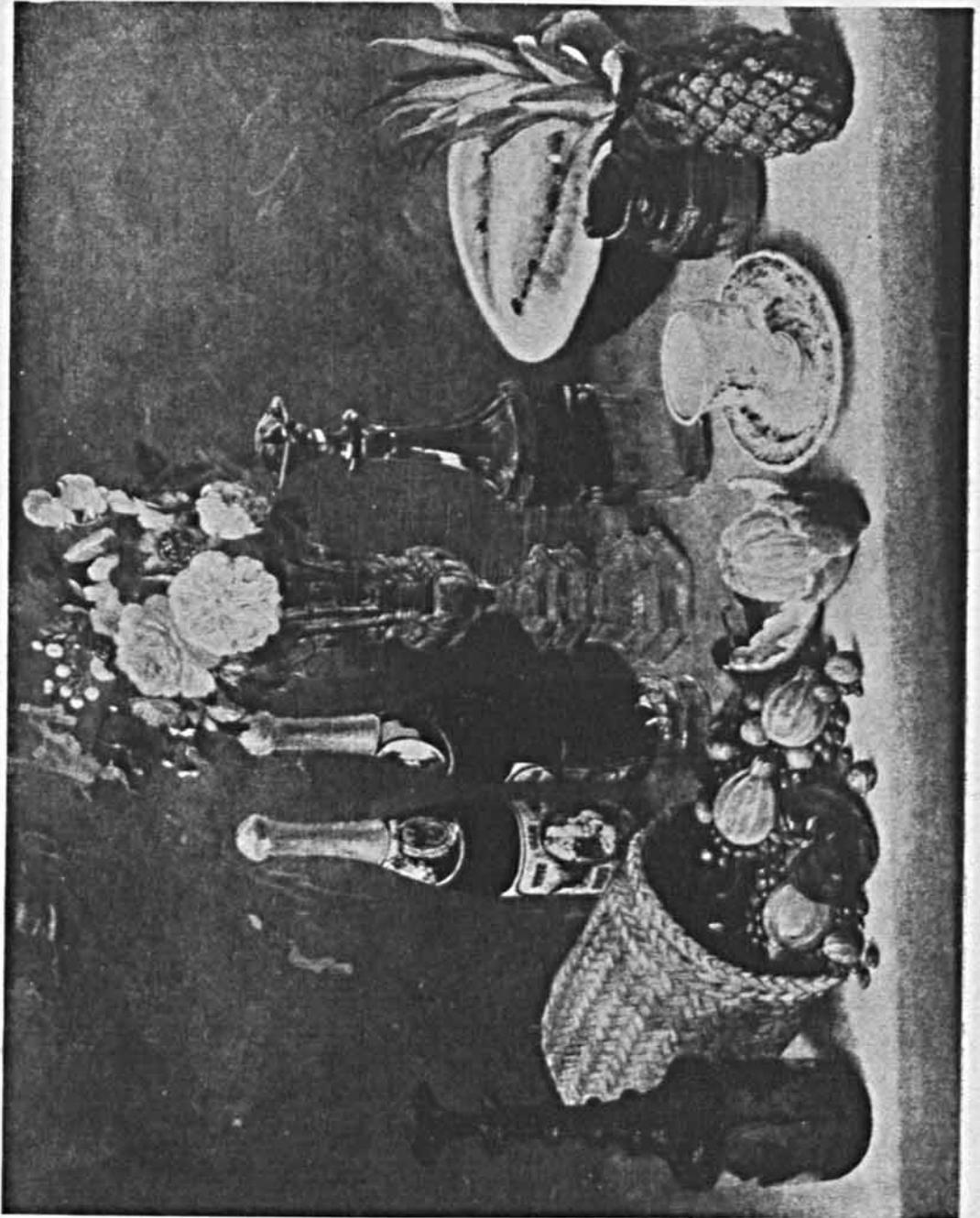


Fig. 6. *Bodegón*. Agustín Arrieta. Siglo XIX. Colección particular

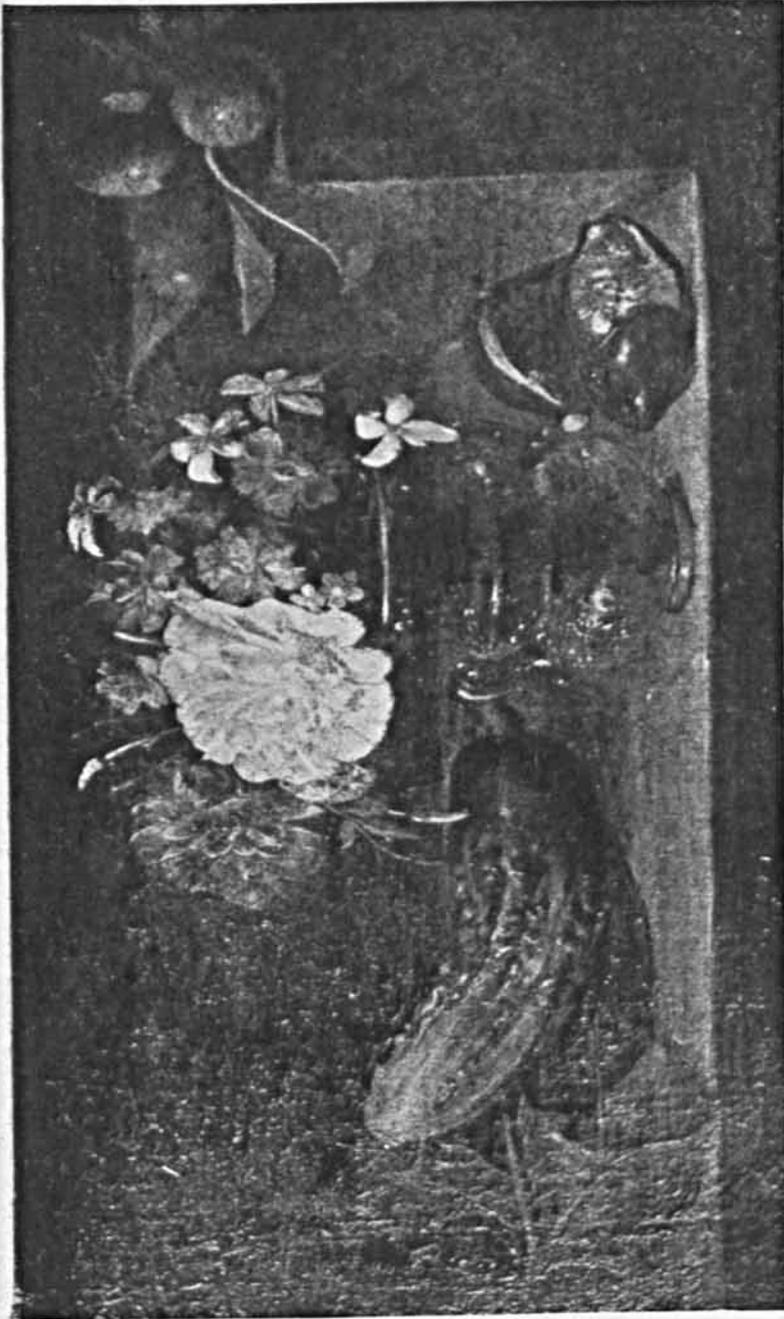


Fig. 7. *Cuadro de comedor*. Anónimo. Fines del siglo XVIII. Colección particular



Fig. 8. *Florero*. Anónimo. Primer tercio del siglo XIX. Colección Manuel Romero de Terreros



Fig. 9. *Florero*. Anónimo. Medios del siglo XIX. Galerías de Pintura del Palacio de Bellas Artes.

una abigarrada multitud de objetos reproducidos con asombrosa verdad, no solamente comestibles, como hogazas y "cajetas de Celaya", sino también trastos y cacharros, instrumentos musicales, libros, pinceles y hasta un pequeño maniquí de pintor, lo que hace sospechar que Pérez de Aguilar pintó una alacena de su propia morada. Esta verdadera joya del arte pictórico colonial fué donada a la Academia de San Carlos por don Fernando José Mangino, uno de sus entusiastas fundadores.

Pero el siglo XIX fué el que vió el auge de la pintura de "bodegones" en México, debido indudablemente al impulso que recibió en la mencionada Academia de San Carlos. Basta hojear los Catálogos de las exposiciones que anualmente se celebraban en dicho plantel para darse cuenta de lo favorecido que fué el género entre pintores y aficionados.

Principalmente el bello sexo se complacía en producir los llamados *Cuadros de Comedor*. En 1850, la señorita Paz Cervantes presentó una pintura, que el catálogo respectivo describe así: "Sobre una mesa, un plato con chorizos, una lata con sardinas, una botella de champaña, pan, queso, rábanos y una copa"; y la señorita Juliana Sanromán, otro cuadro, con "un cabrito tendido sobre la mesa; al lado tres chichicuilotos, un cazo de cobre sobre dos cajetas; un sartén, botellas, copas, una jarra, y adelante un almirez de cobre; dos agachonas, una conservera y un plato de uvas".

Por el estilo reza la descripción de cien bodegones más, que en San Carlos exhibieron pintores buenos y medianos; pero indudablemente el que más se distinguió en el ramo fué el poblano Agustín Arrieta.

Nacido a principios del siglo en Santa Ana Chiautempan, Arrieta desde muy niño fué llevado a Puebla y allí pasó el resto de su vida. Adquirió los elementales conocimientos del arte pictórico al lado de pintores angelopolitanos de aquella época, como Salvador del Huerto y Lorenzo Zendejas; pero no por eso siguió el camino que la costumbre tenía trazado, es decir, de pintura exclusivamente religiosa, sino que se dedicó, de preferencia, a producir cuadros de costumbres y escenas populares, con figuras pintorescas de "chinas poblanas", soldados y demás. Pero, repetimos, sobresalió como pintor de bodegones, en muchos de los cuales reprodujo, con extraordinaria verdad, las *enchiladas*, las hojaldras y otras viandas nacionales, con los correspondientes trastos y adornos. Si algún defecto ha de encontrarse en los bodegones de Arrieta, es que suele acumular en una sola tela demasiados objetos disímolos, y no siempre estéticos, cosa que a veces hace poner en duda su buen gusto como pintor.

Agustín Arrieta murió en Puebla en 1874.

Lo que Palomino, autor del *Museo Pictórico*, llamó "género inanimado", recibió más tarde, en España y en México, el nombre de "mesa revuelta", y consistía en la representación de toda clase de objetos, que no fueran flores, frutas ni manjares.

Don Eduardo Gibbon, refiriéndose a la Exposición de San Carlos de 1891,² elogia una "mesa revuelta" allí exhibida y firmada por Carlota Camacho y que representa, dice, "el estudio de una tetera china, una taza y un plato de lo mismo, con su cucharita... Completa esta composición la canastilla de bejuco, acojinada por dentro, para guardar esa tetera... Pintar así, es saber pintar: allí hay dibujo, colorido, tonos suaves y esa delicadeza que hace de los detalles la ardua empresa, que al pintar en general revela la mano de la mujer artista."

Pero los objetos favoritos para ser representados en una "mesa revuelta", eran más bien libros, recados de escribir, abanicos, naipes, costureros, las mexicanísimas "almohadillas", y a veces algún quinqué.

II

Compañeros constantes de los bodegones, y a menudo de ellos inseparables, fueron los "floreros y fruteros", nombres que se daban en general a las pinturas con composición de flores y frutas.

Los pintores del Virreinato no cultivaron el género de flores y frutas como asunto principal de sus cuadros, sino solamente como complemento decorativo de algunas obras de carácter religioso. Muy conocidas son las pinturas que representan imágenes de *Cristo Crucificado* —entre otras la del "Señor de Santa Teresa"—, en las que, al pie de la cruz, se ven vasos con ramilletes de rosas, azucenas y otras flores, simétricamente colocados por parejas. Pero no por ser un adorno convencional, dejan de ser estos floreros obras meritorias de arte, si bien, en numerosos casos, de arte popular.

Lo mismo puede decirse de aquellas apretadas guirnaldas de claveles, rosas, tulipanes y demás, atadas con cintas de colores, que sirven de marco a figuras de la Virgen, de los Santos, o simplemente alegóricas. y que a menudo constituyen importantes motivos de decoración.

Algunos cuadros de esta naturaleza se exhiben en las galerías de San Carlos, además de la mencionada pintura, de la *Sagrada Familia* servida

2 *Reflexiones (sic) sobre arte nacional*. México, 1891.

por los ángeles, en la que, mientras uno de éstos, hincado de rodillas, ofrece, en un plato, higos, duraznos y una granada partida, dos más pequeños extraen de un canasto una gran guirnalda de flores. Sobre la mesa se ven las dos mitades de una naranja. Tanto las flores como las frutas están muy bien pintadas, sobre todo aquéllas, de manera que, si el cuadro es efectivamente de José de Alcibar, a quien está atribuido, debe confesarse que ese maestro de la época colonial sabía pintar magistralmente tan bellos elementos naturales.

Mas no solamente en las pinturas de caballete campean adornos de flores. Encuéntranse también como motivos decorativos en algunos edificios antiguos, como en la Iglesia de Tepotzotlán, en cuyas bóvedas se pintaron al temple cenefas y otros adornos de flores y guirnaldas.

Pero lo que era accesorio en la pintura virreinal pasó a ser asunto principal de muchos cuadros a principios del siglo XIX, y durante gran parte de dicha centuria se produjeron en México innumerables *floreros* y *fruteros*.

Esto, que a primera vista podría considerarse una reacción contra la pintura religiosa de años anteriores, no fué en realidad sino una moda, que introdujo en México el notable arquitecto don Antonio González Velázquez, partidario decidido de este género pictórico, quien, en la Academia de San Fernando de Madrid, había sido maestro de Luis Paret, fecundo pintor de flores, amén de dibujante y grabador excelso.³ Además, Velázquez trajo consigo no pocos cuadros de Benito Espinos, pintor valenciano, a quien la Academia de su ciudad natal había premiado en 1783 por sus cuadros de flores.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que de allí en adelante se multiplicaron en México los cuadros de flores y frutas.

En los ya mencionados catálogos de las exposiciones de la Academia de San Carlos, figuran numerosas obras de esta clase, debidas muchas de ellas a los elegantes pinceles de señoritas de la alta sociedad, como Josefa Sanromán, Guadalupe Rul, Eulalia Benítez, Guadalupe Carpio, Jesusa Orihuela, Paz Cervantes y Pilar de la Hidalga. En 1850, presentó la primera nombrada una composición que describe el Catálogo respectivo en estos términos: "Sobre una mesa de mármol hay una canasta llena de diferentes frutas; de un jarro de alabastro sale un ramo de flores, y una caja de China agrupa la composición, fondo, celaje." Cinco años más tarde,

³ Julio Cavestany. *Exposición de Floreros y Bodegones en la Pintura Española*. Sociedad Española de Amigos del Arte. Madrid, 1935.

exhibió otra, en que "sobre una mesa de mármol blanco, una gran fuente de plata contiene muchas frutas; otras están en una frutera de bronce; atrás, un jarrón de alabastro con flores; al fondo, jardín".

La señorita Eulalia Benítez se limitaba a copiar los floreros de Benito Espinos.

Mas no se crea que sólo el bello sexo se complacía en pintar floreros y fruteros. En 1854 exhibió el fecundo pintor mexicano don Luis Portu un cuadro en el que, según reza el catálogo, "en un terrado, cercado por una balaustrada, se ve una mesa cubierta con una carpeta oriental, sobre la cual hay dos fuentes de plata, de las que una contiene varias frutas, y la otra una sandía en rebanadas, una conservera y una copa con vino; sobre la balaustrada deja caer su hermosa cauda un pavo real; el fondo del cuadro lo forma un paisaje". ¡Romántico. en verdad!

Por su parte, don Pelegrín Clavé, en su cuadro de *La Primavera*, pintó una joven con un gran ramo de rosas entre las manos; y en sus magníficos retratos de damas, solía acompañar a la figura principal del cuadro un vaso o un jarrón con flores, sobre algún mueble cercano. Igual cosa hacían Juan Cordero y otros retratistas, sus contemporáneos.

Uno de los mejores y más típicos floreros de aquella época romántica se conserva en las galerías de pinturas del Palacio de Bellas Artes. Sigamos el modelo de los antiguos catálogos, para describirlo: Sobre una mesita redonda con cubierta de mármol blanco, hay un historiado jarrón de porcelana, en cuyo centro se perfilan como adorno las siluetas de nuestros volcanes, y que contiene, artísticamente dispuestas, rosas, amapolas, hortensias, "mantos de la Virgen" y otras flores; a un lado, un vaso de cristal a medio llenar de agua.

La composición es acertada y el cuadro está ejecutado con maestría.

Otros floreros de mediados del siglo XIX se pintaban representando macetones dentro de nichos, y casi siempre se ejecutaban por pares.